

# LOS GRANDES MÍSTICOS RUSOS



Colección “Testigos y maestros”

TOMÁŠ ŠPIDLÍK

# LOS GRANDES MÍSTICOS RUSOS

Selección de textos en torno  
a la espiritualidad ortodoxa en Rusia



Ciudad Nueva

2ª edición revisada: enero 2016

Título original: *I grandi mistici russi*  
1977, 1983, Città Nuova Editrice  
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma  
[www.cittanuova.it](http://www.cittanuova.it)

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© Lipa Edizioni  
via Paolina, 25 - 00184 Roma  
[www.lipaonline.org](http://www.lipaonline.org)

© 2016, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-338-6  
Depósito legal: M-1.669-2016  
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## *Presentación a la 2ª edición*

Corrían los primeros días de febrero de 1988. Mi trimestre académico había acabado en Roma, a caballo entre la Universidad Gregoriana y el Pontificio Instituto Oriental. Tocaba dar cuenta de cada asignatura en los exámenes. Yo había hecho la locura de cargarme con diez asignaturas. Estuve a punto de no presentarme a todos los exámenes, pero aquel sabio y sonriente jesuita tenía un atractivo especial y merecía que no lo dejara en la estacada. El curso había sido una delicia: la espiritualidad del Oriente cristiano. Eran días en que, por el magisterio de san Juan Pablo II, se repetía a menudo la expresión que ha llegado a hacer fortuna: Europa debe respirar con los dos pulmones.

Allá que me fui a examinarme al «Russicum». El P. Špidlík tenía fama de «abuelete» en los exámenes. Vamos, que no era un ogro. No sé qué me preguntó. Lo que sí recuerdo es que al final conversamos un rato y me pidió que le dijera qué era lo que más me había impactado. La verdad –le dije– es que, siendo del país más occidental de Europa, a lo que me ha ayudado es a ampliar mi horizonte para «respirar con los dos pulmones». La expresión «le sonaba». Sonrió. Fueron, en cierto sentido, mis primeros pasos para conocer, ante todo, y luego apreciar y valorar,

toda la riqueza, para mí totalmente desconocida, de la teología y la espiritualidad del Oriente cristiano. Además, sirvió también para que «desintelectualizara» la fuerte componente racionalista de la teología occidental en la que yo estaba inmerso.

Los años me llevaron a más, no por vías académicas, sino por vías de amistad y comunión profunda con él y con todo el Centro Aletti, del cual él fue el alma hasta que Dios lo llamó consigo el 16 abril de 2010.

La Editorial Ciudad Nueva me honra pidiéndome que presente esta pequeña obrita pionera en España de las traducciones de obras del P. Špidlík, agotada hace años y reiteradamente solicitada por el público. Sin ser especialista del Oriente cristiano, sí tengo a gala –por lo que he relatado más arriba– la amistad que tuve con él y lo que me reportó personalmente: la importancia que tiene el Oriente cristiano para un español. Es tradición que nos pilla muy lejos geográficamente, pero que es menester conocer y amar por la riqueza que puede reportarnos, al vernos zambullidos en una frescura de la fe que quizá nuestro secularismo y racionalismo hayan hecho que perdamos. Además, estoy convencido de que las raíces místicas de nuestra fe, a través de san Juan de la Cruz, santa Teresa o san Ignacio de Loyola, tienen necesario contacto con las raíces de la fe del Oriente cristiano. Recuerdo, precisamente, que al final del examen comentado, le hice saber de mis raíces espirituales ignacianas y, al preguntarle en qué me podría ayudar al respecto el Oriente cristiano, me dijo que leyera *La santa escala* de san Juan Clímaco, pues el P. Špidlík tenía la convicción de que el santo de Loyola había podido leer esa obra.

Vayamos ya, aunque brevemente, sobre algunos aspectos destacados de la obra que nos ocupa.

La filosofía de la historia, tema tan querido a los recientes pensadores rusos, plantea a la investigación la idea dominante en la vida de las naciones. ¿Cuál es *la idea rusa*?<sup>1</sup>, se pregunta uno de los grandes filósofos rusos, V. Soloviev. Responde: está escondida en el corazón del pueblo, y es comprensible solo en el plano de la Providencia divina, que quiere llevar a todos los pueblos a la salvación por medio de la fe en Cristo y en la unión de la Iglesia. «La idea rusa implica el deber histórico de Rusia: reconocernos solidarios con la familia universal de Cristo».

El objetivo de este libro no es debatir las conclusiones proféticas de los «mesianistas» rusos, sino ofrecer al lector los rasgos más destacados de la espiritualidad rusa, desconocida en general para los occidentales, en sus personajes más relevantes y en las principales tendencias. Notas históricas y teológicas introducen la lectura de los pasajes elegidos.

El autor se ha esforzado por dar una imagen completa, aunque general, de todas las corrientes. Habla de los *stras-toterpcy* (nombre eslavo con el que fueron llamados los primeros mártires canonizados de la Iglesia de Kiev), es decir, del valor del sufrimiento. Luego vienen santos obispos, príncipes, laicos, monjes.

Una especial actualidad adquiere el discurso sobre el monacato ruso, cuya evolución en la floración, decadencia y reforma podrá iluminar las dificultades en la vida

<sup>1</sup> T. ŠPIDLÍK, *L'idea russa. Un'altra visione dell'uomo*, Roma 1995.

religiosa de hoy. Sigue el capítulo que presenta a los llamados «locos por Cristo», verdaderos *hippies* o contestatarios que reaccionan violentamente contra la hipocresía de las instituciones que se dicen cristianas.

El P. Špidlík trata de acercar al lector occidental también el famoso *Libro del peregrino ruso* y la práctica de la «Oración de Jesús». Evidentemente, no podían faltar capítulos sobre los iconos, sobre la vida litúrgica, sobre las iglesias, sobre la piedad popular. La ascética teórica se presenta en el resumen sobre la doctrina espiritual de un clásico ruso, Teófanos el Recluso (del que el autor es el mayor especialista del mundo)<sup>2</sup> y la atención que dedica a un aspecto tan querido para los rusos: la espiritualidad del «corazón»<sup>3</sup>.

En el último capítulo figuran algunos filósofos rusos recientes: Jomiakov, Dostoyevski, Soloviev, Ivanov. La razón de la presencia de estos nombres en un libro sobre los santos y sobre las doctrinas espirituales es esta: ponen con fuerza de especial relieve que la solución de los problemas que se dicen puramente humanos o puramente científicos o filosóficos no se encuentra fuera de la persona de Cristo. Negar la realidad de la Encarnación equivale a destruir todo lo que se dice valor cultural, moral, humano.

Deseamos que el lector español recorra de la mano de esos grandes rusos (no en la definición política o geográfica

<sup>2</sup> *La doctrine spirituelle de Théophane le Reclus. Le Cœur et l'Esprit*, OCA 172 (Roma 1965); «Théophane le Reclus»: *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. 15, col. 517-522; *Introduzione a Teofane il Recluso. La vita spirituale. Lettere* (Roma 1989); *Il cuore e lo spirito. La dottrina spirituale di Teofane il Recluso* (Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2004).

<sup>3</sup> «Il cuore simbolo di unione»: *Vita consacrata* 13 (1977), 329-344.



actual, sino en el sentido de los pertenecientes al antiguo estado eslavo de la Rus' de Kiev) los caminos del «misterio», que es lo que significa aquí el adjetivo del título de esta obra.

PABLO CERVERA BARRANCO

Enero de 2016



## Introducción

El libro del padre Kologrivof *Ensayo sobre la santidad en Rusia*<sup>1</sup> apareció en su traducción alemana bajo el título *Una Rusia diferente*<sup>2</sup>, queriendo de este modo subrayar que en él se aborda un aspecto de este país totalmente desconocido para el hombre de nuestro tiempo. Es cierto que los medios de comunicación social ofrecen abundantes noticias sobre la Unión Soviética<sup>3</sup>, pero nada dicen de sus santos ni de su piedad religiosa. El pasado religioso es, pues, una Rusia realmente distinta, o mejor, una Rusia muerta.

Desde este punto de vista, nuestro trabajo puede parecer como un ramo de flores encima de una tumba, un homenaje de piedad. Mas, aunque se quisiera considerar así, téngase en cuenta que hay una gran fuerza en los ritos fúnebres cristianos, fuerza que es expresión de una fe que vence las tristes condiciones de la hora presente. Cuando De Vogüe escribió su novela sobre la vida del

<sup>1</sup> Brescia 1955. Iván Kologrivof, jesuita fallecido en 1955, enseñó espiritualidad en Roma en el Pontificio Instituto Oriental.

<sup>2</sup> *Das andere Russland*, Munich 1958.

<sup>3</sup> En 1977, año en que fue publicado el presente libro, todavía existía la Unión Soviética. [NDE]

Parlamento francés le puso un título significativo: *Los muertos que hablan*<sup>4</sup>. La historia de los pueblos está llena de revoluciones, de cambios y de nuevas ideas, y sin embargo los más entusiastas renovadores acaban siempre por descubrir que los muertos de una nación hablan. Al principio, en el mejor de los casos, se cae solo en la cuenta de cuán difícil es negar el pasado; más tarde se advierte que esto resultaría perjudicial, y por último se termina reconociendo que es algo a todas luces imposible. En realidad, aunque nuestro tiempo parece haber superado el curso plurisecular de la historia, las tradiciones del pasado seguirán siendo antorchas perpetuamente encendidas para iluminar nuestro camino.

Viven los pueblos como viven los hombres. La vida es desarrollo orgánico, nexos irrompibles entre pasado y futuro, crecimiento coherente. Para conocer, pues, una nación y su significado real en el concierto de los pueblos, no basta con las noticias de actualidad; ni siquiera basta con los hechos históricos mecánicamente contabilizados. La «filosofía de la historia», tema que tan grato resulta a los recientes pensadores rusos, trata de investigar la idea dominante en la vida de las naciones. Pero esta «idea» de una estirpe, como subraya con insistencia Soloviev, se halla oculta en el corazón del pueblo y solo puede comprenderse en el plano de la divina providencia. Esta actúa en la historia universal por medio de las vocaciones individuales, y más aún por medio de la vocación especial que Dios da a cada pueblo. Ahora bien: ¿en qué consistiría la «idea rusa»? se pregunta el mismo autor. «Muchos pien-

<sup>4</sup> E. M. Vogüe, *Les morts qui parlent*, París 1910.

san que es esta una cuestión inútil y otros la consideran temeraria; pero en realidad es la más importante para un ruso, y, fuera de Rusia, debería suscitar el interés de todo espíritu profundo. Hablo de la cuestión sobre el significado, sobre la razón de ser de Rusia, el lugar que ocupa en la historia universal. Cuando contemplamos este inmenso imperio que entra en el escenario del mundo con más o menos esplendor... Cuando consideramos este hecho histórico, nos preguntamos: ¿cuál es el pensamiento que en él se esconde o se revela? ¿Qué ideal anima un cuerpo tan poderoso? ¿Cuál es el mensaje que este pueblo joven deberá anunciar a la humanidad? ¿Qué se propone hacer en la historia del mundo?

Para hallar respuesta a estos interrogantes no nos dirigimos a la opinión pública de hoy. Correríamos el riesgo de ser superados mañana. Buscamos la respuesta en las verdades eternas de la religión. Porque la idea de una nación no es la que ella tiene de sí misma, sino lo que Dios piensa de ella desde la eternidad»<sup>5</sup>.

La historia del pueblo ruso, como la historia de todo pueblo, presenta toda suerte de vicisitudes. Mas, por otro lado, Soloviev se hace intérprete de sus conciudadanos cuando escribe: «El carácter eminentemente religioso del pueblo ruso, así como su tendencia mística en filosofía, literatura y arte, parece reservar a Rusia una gran misión religiosa»<sup>6</sup>.

«Nuestros mejores escritores modernos, secundando una aspiración religiosa más fuerte que su vocación litera-

<sup>5</sup> V. SOLOVIEV, *L'idée russe*, París 1888, p. 6.

<sup>6</sup> ID., *La Russia e la Chiesa universale*, Milán 1947, p. 59.

ría, se han sentido impulsados a abandonar el campo demasiado angosto de las bellas letras para convertirse, con mejor o peor fortuna, en moralistas o reformadores, apóstoles o profetas. La muerte prematura de Pushkin no nos permite juzgar si la tendencia religiosa que revelan sus obras más logradas era lo bastante profunda como para convertirse con el tiempo en su idea dominante y obligarlo a abandonar el campo de la poesía pura, como les sucedió a Gogol, Dostoyevski y Tolstoi. Parece como si el genio ruso no encontrara en la producción poética su realización definitiva ni la atmósfera adecuada a la encarnación de su ideal esencialmente religioso. Si Rusia está llamada a decir su palabra al mundo, no descenderá esta palabra de las esplendorosas regiones del arte y la literatura ni de las soberbias alturas de la filosofía y las ciencias, sino de las cimas humildes y sublimes de la religión»<sup>7</sup>. Estas palabras, escritas hace cien años, merecen nuestra atención. Expresan una manera de pensar muy familiar en Rusia en el pasado y que todavía se mantiene viva en nuestro tiempo. Por esta razón, un teólogo contemporáneo, Kartashov, ha podido decir que una gran parte de sus conciudadanos sigue creyendo firmemente en una misión especial de su patria para conservar y propagar el cristianismo puro; afirma Kartashov: «El ruso se aplicó a sí mismo y aplicó a su pueblo, a su tierra, a su Gobierno y a su Iglesia una expresión especial: “la Santa Rusia”. Ningún otro pueblo ha tenido el valor de hacer otro tanto. Pero el pueblo ruso no se ha dado este título por orgullo, sino con la humilde concien-

<sup>7</sup> *Ibid.*

cia de haber sido consagrado para un servicio especial. Es como el nombre que se recibe en el bautismo o en la profesión monástica. Este nombre trae a la memoria los votos que un día se pronunciaron: “Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo” (*Ga 3, 27*); y: “Vosotros sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo... (*1 P 2, 9*)”<sup>8</sup>.

Nos hallamos, pues, ante una fe especial: la firme creencia de un pueblo –o al menos de algunos de sus representantes– en una especial vocación religiosa. Se habla de «mesianismo ruso»<sup>9</sup>: es este un tema que conocen muy bien los lectores de Dostoyevski: «La imagen perdida de Cristo se ha conservado en todo su esplendor en la Ortodoxia. Oriente, junto con el socialismo del futuro, dirá al mundo una palabra nueva. Y es posible que esta nueva palabra salve a la humanidad. Esta es la vocación de Oriente...»<sup>10</sup>.

Aunque resulten muy sugestivas, estas palabras proféticas no convencen fácilmente. «¿Cómo conciliar nuestra fe en Rusia con la terrible realidad y nuestra presente debilidad física con la fuerza dominante del mal?», escribe Kartashov<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> A. KARTASHOV, *Pravoslavije i Rossia (La Ortodoxia y Rusia)*, en S. VERCHOVSKOI, *Pravoslaviie v zbnzi*, Nueva York 1953, p. 192.

<sup>9</sup> B. SCHULTZE, «Profetismo e messianismo religioso russo. Essenza, origini e rappresentanti principali», en *Orientalia Christiana Periodica* 22, Roma 1956, pp. 172-197.

<sup>10</sup> F. DOSTOYEVSKI, *Dnevnik pisatelja (Diario de un escritor)*, noviembre 1877, cap. III, p. 1. Las novelas de Dostoyevski están editadas en español por Aguilar, Madrid.

<sup>11</sup> A. KARTASHOV, *o. cit.*, p. 203.